

El Espíritu Santo nos infunde la fuerza y la valentía para dar testimonio de Cristo

Homilía de S.S. Juan Pablo II en el Domingo de la Solemnidad de Pentecostés

18 de mayo de 1997

1. *Veni, Creator Spiritus!* «El Espíritu del Señor llena la tierra» (Estríbillo del Salmo responsorial).

Así aclama la Iglesia hoy, celebrando la solemnidad de Pentecostés, con la que concluye el tiempo pascual, centrado en la muerte y resurrección de Cristo.

Después de la resurrección, Cristo se apareció muchas veces a los Apóstoles (cf. *Hch* 1, 3), reforzando su fe y preparándolos para comenzar la gran misión evangelizadora, que les confió de modo definitivo en el momento de su ascensión al cielo. Las últimas palabras que Jesús dirigió a sus Apóstoles en la tierra fueron: «Id por todo el mundo» (*Mc* 16, 15). «Haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 19-20).

2. Jesús había ordenado anteriormente a los Once que esperaran en Jerusalén la venida del Consolador. Les había dicho: «Seréis bautizados en el Espíritu Santo *dentro de pocos días*» (*Hch* 1, 5). Siguiendo las indicaciones de Jesús, desde el monte de los Olivos, donde se habían encontrado por última vez con el Maestro, volvieron al cenáculo y allí, en compañía de María, perseveraban en la oración, esperando el acontecimiento prometido. En la solemnidad de Pentecostés sucedió el acontecimiento extraordinario que describen los *Hechos de los Apóstoles* y que marca el nacimiento de la Iglesia: «De repente, un ruido del cielo, como de un viento impetuoso resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería» (*Hch* 2, 2-4). Estos fenómenos extraordinarios atrajeron la atención de los judíos y los prosélitos presentes en Jerusalén para la fiesta de Pentecostés. Quedaron desconcertados al oír ese ruido y, más aún, al escuchar a los Apóstoles que se expresaban en diversas lenguas. Provenientes de diferentes lugares del mundo, cada uno oía a esos doce galileos hablar en su propio idioma: «Los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (*Hch* 2, 11).

3. En los *Hechos de los Apóstoles* san Lucas describe la extraordinaria manifestación del Espíritu Santo, que tuvo lugar en Pentecostés, como comunicación de la vitalidad misma de Dios que se entrega a los hombres. Este don divino es, al mismo tiempo, *luz* y *fuerza*: *luz*,

para anunciar el Evangelio, la verdad revelada por Dios, *fuerza*, para infundir la valentía del testimonio de la fe, que los Apóstoles inauguran en ese mismo momento.

Cristo les había dicho: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (*Hch 1, 8*). Precisamente para prepararlos a esa gran misión, Jesús les había prometido el Espíritu Santo la víspera de la pasión, en el cenáculo, diciéndoles: «Cuando venga el Consolador, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros *daréis testimonio*, porque desde el principio estáis conmigo» (*Jn 15, 26-27*).

El testimonio del Espíritu de verdad debe llegar a ser una sola cosa con el de los Apóstoles, fundiendo así en una única realidad salvífica el testimonio divino y el humano. De esta fusión brota la obra de la evangelización, iniciada el día de Pentecostés y confiada a la Iglesia como tarea y misión que atraviesa los siglos.

4. (...)

5. La liturgia de hoy nos invita a acoger con generosa disponibilidad el don del Espíritu, para poder anunciar al Resucitado con gran eficacia. (...)

Cristo es el camino, la verdad y la vida. Después de subir al cielo, envió al Espíritu de unidad que llama a la Iglesia a vivir en comunión interior y a cumplir la misión evangelizadora en el mundo.

Me dirijo, en particular, a vosotros, jóvenes y muchachos que vivís en el ámbito de la parroquia: no tengáis miedo a Cristo; sed sus apóstoles entre vuestros coetáneos, que en este barrio, al igual que en otros lugares de la ciudad, afrontan con frecuencia problemas muy graves. (...)

6. «El Espíritu de la verdad *os guiará hasta la verdad plena* (...). El me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando» (*Jn 16, 13-14*). De esta promesa de Jesús brota la certeza de la fidelidad en la enseñanza, parte esencial de la misión de la Iglesia. En este anuncio, que se realiza a lo largo de la historia, está presente y obra el Espíritu Santo con la luz y el poder de la verdad divina. El Espíritu de la verdad ilumina al espíritu humano, como afirma san Pablo: «Todos hemos bebido de un solo Espíritu» (*1 Co 12, 13*). Su presencia crea una conciencia y una certeza nuevas con respecto a la verdad revelada, permitiendo participar así en el conocimiento de Dios mismo. De ese modo, el Espíritu Santo revela a los hombres a Cristo crucificado y resucitado, y les indica el camino para llegar a ser cada vez más semejantes a él.

Con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés comienzan todas las maravillas de Dios, tanto en la vida de las personas como en la de toda la comunidad eclesial. La Iglesia, que surgió el día de la venida del Espíritu Santo, en realidad nace continuamente por obra del mismo Espíritu en numerosos lugares del mundo, en muchos corazones humanos y en las diversas culturas y naciones.

7. «*Veni Creator Spiritus!*», invoca hoy la Iglesia entera con gran fervor. Así ore también vuestra hermosa comunidad. Junto con su obispo, también ella celebra hoy su propio nacimiento en el Espíritu. En efecto, aunque el día de Pentecostés nació la Iglesia en su dimensión más amplia, católica y universal, en ese mismo momento ya estaban presentes asimismo todas las comunidades cristianas que permanecen en la unidad, en comunión con sus pastores, con el Colegio episcopal y con el Sucesor de Pedro. El Espíritu Santo sigue realizando, también hoy, las maravillas de la salvación, inauguradas el día de Pentecostés.

«Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor» (*Antífona del Aleluya*). Amen.